

tos y para nosotros. Tengamos grande respeto por nuestros cementerios. Lejos de apartar la vista, deseémos verlos y tambien visitarlos, que haya ó nó en ellos parientes y amigos nuestros. Ofrézcamos á Dios nuestras oraciones en favor de los que pueden necesitarlas. Pensemos despues que, entre los que allí reposan, los unos resucitarán para las éternas alegrías del cielo, y los otros, ay! para las éternas penas del infierno. Digámonos que un dia nosotros tambien vendrémos allí, y que entonces nuestro cuerpo será ó el de un futuro bienaventurado, ó el de un futuro condenado. No nos será difícil ver lo que decidirá de nuestra suerte en uno ú otro sentido. Así serémos guiados, ó á tomar buenas resoluciones, ó á renovar las que habrémos yá formado. Qué podamos despues permanecer fiéles á estas resoluciones, será para nosotros una garantía segura de salvacion! Así séa.

PARA LA COLOCACION DE UNA CRUZ

INSTRUCCION UNICA

La Cruz y su culto.

I. Bienes que la Cruz nos procura. — II. Culto que debemos tributarla.

Es un hermoso espectáculo al que asistimos en este momento, y el que damos al propio tiempo. Mientras que la impiédad hace tantos esfuerzos para hacer desaparecer las cruces, séa por astucia, quitándolas, séa por violencia, arrancándolas y rompiéndolas, hé aquí que en este dia, siguiendo las huellas de nuestros venerables antepasados, levantamos una magnífica, protestando de este modo de nuestra fidelidad á su santa fé, y de nuestra repulsion por los modernos iconóclastas, llamense cómo se llamen, y séa el que fuere el disfráz con que se ocultan. Así soy dichoso de felicitaros, yá por la parte que habeis tomado en la ereccion de este simbolo religioso,

yá por vuestra concurrencia tán numerosa á la ceremonia de su bendicion. — Pero vosotros pedís de mí otra cosa que alabanzas. Quereís que, respondiéndole á vuestro piadoso celo, yo glorifique la Cruz, y os enseñe á glorificarla á vosotros mismos. Es lo que me propongo hacer efectivamente exponiéndóos, primeramente, los bienes que la Cruz nos procura, y, en segundo lugar, el culto que debemos tributarla¹.

1. I. La Cruz ofrece á la inteligencia la mejor prueba de la religion. II. La Cruz ofrece á nuestros corazones el más dulce consuelo. — I. Vosotros sabeis lo que era la cruz antes de Jesucristo, vosotros sabeis qué ignominias y qué dolores exponia ella á la vista de los pueblos, cuando se levantaba llevando á un gran culpable, aislado entre la tierra y el cielo, triste objeto de horror y de piédad. Véd lo que há llegado á ser, desde que Jesucristo há querido adoptarla por su lecho funebre: ella es el más bello adorno de la cabaña, la más rica albaja de la madre de familia, la más digna recompensa del merito, el más brillante testimonio del valor, el simbolo dominador de las aldeas y de las ciudades, el más noble florón de la corona de los reyes; ella protege nuestros campos, defiende las cenizas de nuestros muertos... hace doblar todas las frentes y plegar todas las rodillas. Hé aquí la obra sublime del poder de Dios. — Y vosotros me diréis, ¿por qué grados se há operado esta inmensa revolucion, cuáles fueron los héroes? Cuando la Cruz apareció para destruir todos los cultos, reinaban los falsos dioses, inseparablemente unidos al gobierno de los pueblos, considerados cómo sus legisladores, sus defensores y sus padres. Para destruir este aparato de grandeza, para hacer hundir el Olimpo del cuál los emperadores romanos eran los pontífices, y que millonés de espadas protegían, el verdadero Dios no quiso emplear más que un vil instrumento de muerte: una cruz. Jesucristo aparece, y su moral se reduce á estas dos palabras: *Lleva tu cruz y sígueme*. El habló, y algunos artesanos de Galilea, algunos pobres pescadores, Pedro, Andrés, Pablo, se dispersan por el mundo, anuncian un nuevo culto y responden á los sabios cómo á los ignorantes: *No sabemos más que una cosa, la Cruz de nuestro Maestro*. A esta Cruz suben Pedro y Andrés, despues de Jesucristo. Pero estos hombres á quienes se há crucificado cómo esclavos, degollado

I. — *Bienes que la Cruz nos procura.* — Los principales bienes que la Cruz nos procura pueden comprenderse en las cuatro indicaciones siguientes: ella nos instruye, nos consuela, nos fortifica y nos salva.

como malvados, estos hombres han cambiado el mundo por la virtud de la Cruz, cuya divisa es: Odio á si mismo, etc... — ¿Quién de nosotros no verá aquí el dedo de Dios? Si, esta Cruz que acabamos de bendecir es la prueba permanente de la divinidad de la religion... La Cruz es una prueba invencible de que la religion catolica, apostolica y romana es la sola verdadera, la sola divina. Las sectas protestantes han échado abajo las cruces, las han destruido de lo alto de los templos y las han desterrado de sus santuarios. La barca de Pedro es la sola que no haya deshonrado este pabellon, abjurado este estandarte; sola nuestra Iglesia permanece hija fiél, porque ella sola no se há avergonzado de las insignias de Jesucristo... Es para perpetuar el recuerdo de los beneficios de la Cruz, que acabamos de levantarla como un trofeo glorioso. Cuando pasarémos cerca de ella, recordémosnos sus triunfos maravillosos... A nuestros hijos como á los pretendidos sabios del siglo, mostraremos esta Cruz con un piadoso orgullo, y les preguntaremos con confianza: ¿Qué otra mano que la del Omnipotente há podido sustituir á la idolatria, tán altiva de cuarenta siglos de existencia, el extraño culto de un condenado á muerte?... — II. Es así como la Cruz ofrece á nuestros corazones el más dulce consuelo. Cosa extraña! parece que no se debería encontrar al pie de la cruz más que sangre y lagrimas, y ella es el origen de los más dulces consuelos. A la vista del Salvador del mundo expirando entre dos ladrones para rescatar al mundo, á la vista de esta sublime madre del dolor, se llora, hay en estas lagrimas una felicidad que no es de la tierra; el culto de la Cruz llega á ser facil, se entrega á él con amor, y la oracion es un descanso. Ah! no me digais que no encontraréis un momento para consagrar á Dios. Pasais cerca de esta cruz, ¿podeis no rezar? No me digais que la fatiga, etc. — Salud, oh! Cruz de nuestro Salvador, dominad nuestros campos cómo un eterno testimonio de la victoria de la religion sobre la impiédad!... Permaneced cerca de nuestras habitaciones para llamarnos á religiosos recuerdos, etc... (Anonimo. *La Tribuna*, Bendición de una Cruz).

La Cruz nos instruye. Ella es la clave de toda ciencia. Sin ella, no se comprende nada de Dios, nada del hombre, nada de ninguno de los misterios del tiempo y de la éternidad. Sin la Cruz, no se comprende, por ejemplo, cómo Dios há podido ser infinitamente misericordioso respecto del hombre pecador, permaneciendo infinitamente justo. Porque habiendo hecho el hombre á Dios una injuria infinita, era preciso, para que la justicia infinita de Dios fuéase satisfecha, que el hombre le ofreciéase una satisfaccion tambien infinita. Pero el hombre no podia, siendo una criatura finita, cómo son necesariamente todas las criaturas. De dónde imposibilidad para Dios de perdonar al hombre sin que su justicia sea lesionada, lo que no se puede tampoco. Pero con la Cruz, todo se armoniza y todo se comprende. La infinita misericordia está satisfecha, perdonando al hombre culpable; y la infinita justicia está satisfecha de igual manera, puesto que ella recibe, en la persona del Verbo encarnado muriendo por el hombre en la Cruz, una reparacion infinita. — Otro ejemplo. Sin la Cruz, el dogma de la éternidad de las penas del infierno no parece poder aliarse con la bondad de Dios, que parece estar aquí limitada y cómo truncada. Pero la Cruz disipa magníficamente el aparente escandalo de la implacabilidad de Dios. « Sí no fuérase más que la justicia quién hubiéase abierto el abismo, dice muy bien un ilustre predicador, habría remedio, pero es el amor tambien, *es el primer amor quien lo há hecho*¹, hé aquí lo que quita toda esperanza. Cuando se és condenado por la justicia, se puede recurrir al amor; pero cuando se és condenado por el amor, ¿á quién se recurrirá? Tál es la suerte de los condenados. El amor que há dado su sangre por ellos, ése amor mismo es el que los maldice. Y cómo! un Dios habrá venido aquí bajo por vosotros, habrá tomado vuestra naturaleza, hablado vuestra lengua, tocado vuestra mano, curado vuestras heridas, resucitado vuestros muertos; qué digo? un Dios se habrá entregado por vosotros para ser atado fuertemente, injuriado con crueldad y traicionado de una manera infáme; se habrá

1. Dante, *Inferno*.

dejado poner desnudo en la plaza publica entre gentes prostituidas y ladrones, atar á un madero, desgarrar con vergas y coronar de espinas : por ultimo, habrá muerto por vosotros en una cruz ! y despues de esto, ¿ pensáis que os será permitido blasfemar y réir, y sin temor ir á las fiestas de todos vuestro deleites ? Oh ! nó, desengañados, el amor no es un juego ; no se és impunemente amado por un Dios, no se és impunemente amado hasta el patibulo. No es la justicia que carece de misericordia, es el amor. El amor, lo hémos demasiado experimentado, es la vida ó la muerte ; y si se trata del amor de un Dios, es la éterna vida ó la éterna muerte ¹. »

La propio acontece con todas las demás verdades y con todos los otros misterios de la religion ; la Cruz los ilumina y los explica en cierta medida ; dá buenas razones que no se encontrará fuera de ella ; hace ver las conveniencias y las armonias, y ayuda asi á la inteligencia á comprenderlas, gustarlas y admirarlas. Santo Tomás de Aquino, en un siglo en que habia tántos sabíos y grandes inteligencias, asombraba al mundo por la inmensidad y la profundidad de sus conocimientos. Un dia que San Buenaventura, ilustre tambien por su ciencia, habia ido á ver á Santo Tomás, le preguntó que le indicáse el libro de dónde sacaba todo lo que sabia. Y Santo Tomás, mostrándole su crucifijo, contestó : « Véd el libro en dónde estudio todos los dias. Es meditando al pie de la Cruz : como aprendo lo que despues enseño. « Tál es el primer beneficio que nos procura la Cruz, ella nos instruye ; y vosotros véis con qué extension y con qué seguridad ².

1. Lacordaire, *Conferencias en N. S. de Paris*. Conferencia 72.

2. *Cruz est quasi liber summam omnis sapientia continens, docens nos primo, Dei erga nos amorem et benevolentiam, qui adeo quærat non perditionem sed salutem nostram, ut pro ea mortem crucis sustinere voluerit. Secundo, dignitatem animæ nostræ, quæ tanti apud Deum valuit, ut eam sanguine suo emere non dubitarit. Si enim vilis, aut mortalis esset anima hominis, quomodo eam Christus tanti redemisset ? Tertio, præstantiam virtutum tamquam verorum ac solidorum*

La Cruz, hémos añadido, nos consuela, y ése es otro beneficio de un valor inápreciable en este mundo, llamado valle de lagrimas.

honorum, humilitatis, paupertatis, patientiæ, obedientiæ, charitatis, etc., quas in crucis cathedra docuit nos magister cœlestis, velut disciplinas cœlo dignas. Quarto, contemptum mundi, et quæ in eo sunt, fluxarum rerum, opum, honorum, voluptatum, quas fugit et per crucem fugavit ac contrivit Christus. Quinto, gravitatem peccati, quæ tanta est, ut non nisi per crucem et mortem Filii Dei potuerit expiari. Sexto, gehennæ acerbiter, pro cuius extinctione Dei Filius innocentissimus tanta pati debuit : lignum viride, ob alienam culpam ; non aridum, ob propriam. Septimo, magnitudinem gloriæ et pretiositatem margaritæ cœlestis, quam tot tormentis emere Christus non dubitavit. Denique, si viam cœli cognoscere quis velit, eam monstrat crux, regia ad cœlum via (FABER, *Op. conc. in festo Invent. S. Crucis, conc. 1. Auct. n. 5*). — Sanctus Augustinus crucem Christi cathedram Christi appellavit, tractatu cxix, in Joannem. Lignum, inquit, in quo fixa erant membra patientis, etiam cathedra fuit magistri docentis, et quidem non unam tantummodo virtutem in ea nos docuit, sed omnes, et eas maxime, quæ ad salutem nostram maxime necessariæ sunt, docuit igitur nos exemplo suo Christus omnes virtutes, a prima ad ultimam et supremam usque. Prima enim et fundamentalis virtus est humilitas. Cogitas, inquit sanctus Augustinus, serm. x, de verb. Domini, magnam fabricam construere celsitudinis, de fundamento prius cogita humilitatis, ita ille qui de fabrica loquitur christianæ perfectionis, cuius fundamentum humilitas est : hanc autem virtutem mire nos in cruce docuit Christus, etenim præsepium cathedra humilitatis fuit, sed cathedra parva cathedrula fuit, crux vero cathedra primaria Christi fuit, in qua de humilitate mirabiliter legit, non verbis, sed factis ; quid enim humilium quam in patibulo crucis Christum crucifigi inter duos latrones, ac si insignior malefactor extitisset ? Marcus Tullius, orat. ii, in Verrem : Nefas est vincere Romanum civem, scelus verberare, prope patricidum necare ; quid dicam in crucem tollere ? ita ille. Ac si diceret, nescio quibus verbis dedecus huiusmodi augere queam. Hucusque igitur pervenit humilitas Christi, sicuti ponderavit Apostolus, Phil. ii, 8 : *Humiliavit, inquit, semetipsum, factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis ; quasi dicat, non potuit altius Christi humilitas*

En efecto, no hay nadie aquí bajo que no tenga disgustos y aflicciones de toda clase : disgustos y aflicciones procedentes del espíritu,

commendari, quam quod humiliaverit se usque ad mortem crucis, habet emphasim magnam reduplicatio illa *mortem autem crucis*, sunt enim et aliæ mortes infames, sed tamen infamis supra omnes mors crucis erat, unde, Sap. II, 20. occisores Christi dixerunt, *morte turpissima condemnemus eum*, etc. Disce, Christiane, a Magistro tuo humiliari, qui enim tali proposito exemplo adhuc superbus est, non Christi discipulus, sed Luciferi est. Quid igitur ad hæc ille qui vel patibulo crucis suffixus sursum, deorsumque omnia vertit, etc. Ecce igitur quoniam pacto primam, et fundamentalem omnium virtutum humilitatem nos Christus in cruce docuit. — Suprema autem omnium virtutum charitas est, dicente Apostolo, I. Cor. XIII, 13: *Nunc autem manent fides, spes, charitas, tria hæc: major autem horum est charitas.* Et Christus Dominus: *Hoc est maximum, et primum mandatum*, etc. Hanc autem maxime docuit nos Christus in cruce exemplo suo, majorem enim charitatem nemo habet, quam ut animam suam ponat quis pro amicis suis. Ponere autem eam pro inimicis suis eximium argumentum charitatis est, licet enim, secundum opinionem S. Thomæ, majus charitatis opus sit mori pro amicis, quam pro inimicis, in ratione vero signi, et indicii majus signum intensioris charitatis in anima est mori pro inimicis, quam mori pro amicis, unde Apostolus in hoc ait commendabilem esse charitatem Christi: *Vix*, inquit, Rom. V, 7, *pro justo quis moritur: nam pro bono forsitan quis audeat mori. Commendat autem Deus charitatem suam in nobis, quoniam cum adhuc peccatores essemus, secundum tempus Christus pro nobis mortuus est.* Quid si addideris orationem illam qua pro inimicis, imo pro crucifixoribus in cruce confixus oravit? *Pater*, inquit, *ignosce illis, qui nesciunt quid faciunt.* Quid hac charitate sublimius? tria nobis pro inimicis agenda commendavit, Matth. V, 17: *Diligite inimicos vestros, benefacite, orate.* Hæc tria exactissime ipse observavit in cruce, quia dilexit nos in tantum, ut tunc maxime, sicuti dictum est, charitatem suam in nobis commendaret, bene fecit quia quod ibi bene fecit, imo mali passus est, nostra causa fecit, et passus est: tandem oravit pro crucifixoribus se Patrem, quo pacto quæso altius potuit charitatem suam nobis commendare? Primam igitur, et supremam omnium virtutum sic nos in

del corazon y del cuerpo; disgustos y aflicciones procedentes de perdidas, de separaciones, de abandonos y de ultrajes; disgustos y afliccio-

athedra crucis docuit Christus, quod si inter charitatem et humilitatem multæ aliæ virtutes inveniuntur, quam illorum non docuit Christus? solent in litterariis Universitatibus præceptores post curriculum anni relectiones aliquas adhibere, quibus summarie ea percurrant, quæ in tempore decurso fusius pertractarunt: sic Christus Dominus totius sanctitatis, et perfectionis magister trigenta trium annorum spatio omnium virtutum doctrinam docuit, et in fine vitæ relectionem in cathedra crucis perlegit, in qua breviter, sed efficaciter, et perfecte, quod decursu temporis sui legerat relegit. Verbi gratia, legit diu materiam obedientiæ, et in cruce, inquit Apostolus, factus est obediens usque ad mortem, mortem autem crucis, et, uti ait S. Bern., perdidit vitam ne perderet obedientiam, ut et nos Deo obediens simus usque ad mortem, mortem autem crucis. Docuerat antea patientiam verbis et exemplis, at in crucem actus sicut ovis ad occisionem se duci permisit, et tanquam agnus coram tonsore se non aperuit os suum, ut et nos quamvis sine causa ab ingratis persecutionem passi fuerimus, æquo animo cuncta feramus. — Legerat etiam in vita materiam de perseverantia, docens, in perseverantia sitam salutationem nostram esse. Qui perseveraverit, inquit, usque ad finem, hic salvus erit, hanc ita relegit Christus in cruce, ut quamvis rogatus a promittentibus fidem in eum si descenderet de cruce, nulla ratione quamvis facile poterat, et fidem eorum maxime desiderabat, descendere e cruce voverit, donec animam exaltans diceret, consummatum est, ut nos a cruce Christiana doceret nunquam descendere, etc. — Denique docuit nos decursu vitæ omnibus operibus suis peccatum summo prosequi odio, hic enim erat fructus adventus ejus ut deleret iniquitatem, sed tamen id maxime nos in cruce docuit, sanguinis enim sui colore peccati gravitatem, et fœditatem graphice depinxit. Vis peccati malitiam vinis coloribus pictam videre? respice Christum in cruce, non enim ita in inferno resplendet sicut in cruce Christi: nam in pœnis inferni punitur peccator, dignus supplicio tanto: at in cruce pro peccato moritur ille qui semper fuit sine peccato, moritur sanctus Dei, moritur Deus; unde sanctus Bern.: Filius Dei jubetur occidi, ut vulneribus meis pretioso sanguinis ejus balsamo medeatur. Agnosce, o homo,

nes ocasionadas por males personales, ó por males que hiéren á personas que nos son queridas. Pues bien, en esta avalancha, en este diluvio de males, la Cruz nos ofrece consuelos dulces y eficaces. Seguramente, por grandes que séan nuestras penas y aflicciones, no igualarán jamás á las sufridas por el Salvador en la Cruz. Jamás estaremos nosotros tan abandonados como él lo estuvo en el arbol de la infamia, en dónde él se quejaba dulcemente de ser abandonado de su mismo Padre celestial¹. Jamás seremos nosotros escarnecidos y burlados cómo lo fué él de parte de los fariseos y de los doctores de la Ley, que le insultaban villanamente en el momento que daba su vida para su salvacion. Jamás seremos nosotros coronados de espinas, clavados de pies y de manos en una cruz, agonizando durante tres horas en este horrible estado. Y,

quam gravia sint vulnera illa, pro quibus necesse fuit Christum Dominum vulnerari, ita ille. — In multis olim Samson se inimicum Philistinorum ostenderat, sed tunc magis cum in eorum templo columnas amplexatus templum evertit, et Philisthæos omnes secum interfecit: nam antea se incolume alios occidebat, tunc vero ut alios interimeret, se pariter cum illis necare non dubitavit; sic quamvis Christus Dominus in multis odium in peccata nostra manifestaverat, sed tunc quidem potissimum, cum ut peccata necaret, secum illis in cruce mori non repugnavit. Quis non timeat, et horreat id perpetrare, quod Deus sic abhorruit, etc. — Denique docuerat in vita Christus bona mundi despiciere, et nulla ejus adversa formidare, specialim vero delicias contemnere, et crucem spiritus amplecti, hoc enim proprium prædestinatorum est; qui enim Christi sunt, carne suam crucifixerunt cum vitiis, et concupiscentiis suis. Unde voce de cælo delapsa, dictum est sancto Francisco: Amara pro dulcibus sume, si vis esse beatus: hunc igitur deliciarum, et honorum mundi contemptum mire docuit nos Christus in cruce, ubi aceto, et felle potatus fellem pro melle nos sumere suasit, et nudatus in patibulo nuditatem ab omnibus mundi rebus nos habere monet; dedecet enim Christianum deliciis vacare, dum videt Christum Dominum suum cruciatum in cruce, etc. (LABAT, *Loc. comm.* verbo *Cruz*, prop. 9).

1. Matth. xxvii, 46.

al recordarnos tan horrorosos sufrimientos, la Cruz nos hace aparecer comparativamente mucho más pequeños los nuestros, y por lo tanto, mucho más soportables. Porque enfrente del que el hambre devora, ¿quién se atrevería á quejarse de no tener pan para satisfacer la suya? Y enfrente de Jesus esperando en medio de los más horribles sufrimientos, abrumado por las maldiciones de todo un pueblo, ¿quién se atrevería á quejarse por tener que sufrir la pobreza, ó la desnudez, ó la indiferencia, ó el abandono de los suyos? — No es esto todo. Cuando sufrimos, podemos decir que es con justo motivo, y que no tenemos más que lo que merecemos, aunque muy debilmente. Porque la justicia quiere que toda falta séa expiada por el sufrimiento, y ¡cuántas faltas no hémos cometido! Por consiguiente, ¡cuántas penas no deberíamos sufrir! Y esto solo debe yá darnos paciencia y consuelo en nuestros males. Pero cuando consideramos la Cruz, y llegamos á pensar que el que se encuentra en ella clavado es la inocencia misma, que sus enemigos no han podido nunca convencerle de haber cometido la más pequeña falta, entonces nos avergonzamos casi de tener que sufrir tan poco, nosotros los culpables, y muy lejos de sobrellevar con impa-

1. Quis non libenter ferat crucem leviusculam, imo etiam gravem, quando cogitat Dei Filium propter ipsum tulisse gravissimam, summa cum patientia, amore, et charitate? Ignavus est miles qui ducem præeuntem gemens sequitur. Typus crucis fuit lignum illud, quod ostendit Deus Moysi in deserto, ad dulcorandas aquas amaras, Exodi xv, teste Cyrillo Alex. Sentit vero Abulensis lignum illud *adelpa* vulgo nominatum, atque ex se amarum ac mortiferum fuisse: et tamen amaro illo ligno correctæ et indulcoratæ sunt aquæ amaræ. Sic ex viperæ veneno fit theriaca, antidotum veneni: sic serpentum ictus sanantur serpentum extis impositis, teste Plinio, libro xxix, capite 4. Quid amarius et lethalius ipsa cruce, quæ Dei Filium tam dire cruciavit adeoque enecuit? Ad hæc tamen facta est solatium atque impatientiæ antidotum omnibus tribulatis, quin et ipsas tribulationes dulces atque amabiles facit, dum revocat in memoriam, in ipsa pependisse Dei Filium (FABER, *loc. cit.* n. 2).

ciencia nuestra suerte, encontramos que Dios no há sido más que muy misericordioso con nosotros¹. — La Cruz nos consuela tambien de otra manera. Es en ella que nos há rescatado Jesucristo y há logrado nuestra salvacion. Y, al sufrir nosotros mismos y al asociarnos á los sufrimientos de la Cruz, coóperamos á la obra que tánto deseaba el corazon de Nuestro Señor; la réalizamos con él y nos aseguramos el fruto de sus sufrimientos en beneficio nuestro². — Mucho más, si los meritos que adquirimos, por nuestros sufrimientos piadosamente sobrellevados, exceden á la suma de satisfacciones que debemos á Dios, este aumento entra en el tesoro de la Iglesia, y puede servir por medio de las indulgencias, para asegurar y para facilitar la salvacion de nuestros hermanos. Y ¡qué puede haber más dulce que este pensamiento, y qué más propio para hacernos gustar los inéfables consuelos hasta en nuestros más vivos dolores³ !

1. *Figurata est crux per signum quod ostendit Moysi Dominus, Exod. xxxv, quod projectum in mare, aquas amaras, dulces fecit aquas illas et potabiles: sic enim crucis virtute sanctis omnis labor et dolor dulcescit. Cogita enim primo, quid sit cucula tua respectu crucis Christi? Secundo, quis tu respectu Filii Dei? Tertio, humeris tuis debetur crux, quia varie commeritus es: sed quid facit crux in humeris Dei? (FABER, *Op. conc. in festo Invent. s. Crucis, conc. 4, n. 7*).*

2. *Quis non ducit sibi honori similem esse regi aut imperatori suo? Habere eadem cum illo insignia? Eadem experiri fortunam? Similem vestitum, honoris titulum gerere? Duxit sane Theophilus ille, a sancta Dorothea virgine et martyre, per rosas sibi e celo ab ea transmissas, conversus. Hic enim cum ob fidei confessionem in equuleo suspensus esset, dixit: « Ecce modo factus sum christianus (quasi dicat: Christo assimilatus), quia in cruce suspensus sum. Equuleus enim crucis quamdam similitudinem gerit. Gratias tibi ago, Christe, quia in signo tuo levari me permisisti. » Sur. 6. febr. (FABER, *Op. conc. in festo Invent. S. Crucis, conc. 1. Auct. n. 2*).*

3. Os lo hé dicho, el cristiano que sufre no es otro más que Jesus continuando á sufrir por el rescate del mundo. En la hora en que llevais la cruz, ved á Jesus en vosotros; considerád que él es vuestro jefe, y que

El tercer beneficio que nos procura la Cruz, es el de fortificarnos. Ella nos fortifica en nuestras caidas para levantarnos otra vez. Sin la Cruz, una vez que hubiéramos perdido nuestra alma por el pecado, ¿qué esperanza podriamos tener de escapar á nuestra desgraciada suerte? ¿Qué medio tendriamos para volver de la muerte á la vida? Pero la Cruz es precisamente el instrumento del cual Nuestro Señor se há servido para vencer á la muerte y para volvernos á la vida. Su vista es soberanamente propia para réanimar nuestro valor, y dárnos la esperanza de poder, por su virtud, evitar el infierno y de nuevo merecer el cielo. — La Cruz nos fortifica en las tentaciones para no sucumbir. Es la Cruz quién há vencido tambien al demonio; es por ella que Nuestro Señor há arrancado á la rabia de este cruel enemigo la raza humana enteramente. La vista sola de este estandarte sagrado le pone en huida, al recordarle su primera derrota. Esta misma vista no puede,

vosotros sois sus miembros: entregádos á él con este titulo, y permaneced con sus costumbres. Qué cosa más conmovedora, más decisiva y desde luego más verdadera! Vosotros habeis tenido necesidad de los dolores de Jesus: hé aqui que él se digna necesitar de los vuestros! ¿Se los rehusaréis alguna vez, pensando sobre todo que hay todavia tántos pecadores que convertir, tántos infieles que conquistar, tántas almas que rescatar del purgatorio, tántos elegidos que hacer entrar en el cielo? Dádselos ampliamente, pero sin reserva. Algo de vuestros dolores permanece vuestro bien inálienable: es lo que constituye vuestro merito personal; pero lo que estos dolores pueden reparar de pecados, las deudas que ellos pueden saldar, y tántas gracias como pueden obtener, es lo que podeis á vuestro gusto, ó retener para vosotros ó abandonar para otros. Todo es licito aqui, y vosotros completamente libres. Pero ¡qué prudencia en esta materia no preocupandose nada de ser prudente, y qué fortuna se aseguran los que no se guardan, ni retienen nada! Cómo no aconsejaros dar todo á Jesucristo, suplicandole que aplique el fruto, sea á tál alma por quién sentis una particular ternura ó que otra que se encuentra en una grande necesidad, sea á no importa que alma á quién le agradará trasmitir vuestra largueza (Mgr. Gay, *De la vida y de las virtudes cristianas*, lib. 13, 3^a p.)